

de procurar un ideal patriótico, el del engrandecimiento de la patria.

Tal era el halagüeño cuadro que presentaba la instrucción en el Nuevo Reino, en los momentos en que iba a iniciarse profunda transformación política. La expansión de las ideas había producido en los jóvenes un entusiasmo tal que los llevó a abrazar la causa de la libertad e independencia de su patria. La Nueva Granada se sintió entonces orgullosa y vio que no estaba muy lejano el día feliz en que esa juventud habría de libertarla. En efecto; esos jóvenes sacrificaron, casi todos, sus vidas por amor a la libertad; ellos fueron la fuerza y el poder; el brazo en que la patria buscó su apoyo para seguir altiva su camino del progreso.

LUIS ALFONSO CARDOZA
Oficial.

EN UNA FIESTA SALESIANA

Excelentísimo señor Nuncio Apostólico,
Respetable comunidad salesiana, señoras, señores:

Noble motivo es el que nos congrega: glorificar al pastorcillo de Becchi, que cien años atrás, en noche como ésta, cual el apóstol del Apocalipsis, en profética visión, oyó el llamamiento divino y contempló el desarrollo de su obra a través de los tiempos y en todas las esferas sociales.

Hecho sublime para el creyente, sin igual en la historia de la gracia y fecundo en bienes para la humanidad. Por él los hijos del abandono, de la ignorancia y del vicio han encontrado refugios de protección y virtud; en cumplimiento de un hecho maravilloso ad-

vertido durante veinte siglos, la Iglesia católica, por este apóstol de las edades modernas ungido ya con la aureola del Venerable, ha provisto a la única solución de los recientes problemas del trabajo; las ciencias y las letras hasta entonces patrimonio de ricos y nobles, han abierto sus puertas al pobre y al humilde y fueron dotadas del arte maravilloso que forma el carácter y convierte a la inteligencia «en campo que se ha de fecundar con la semilla y no en tabla donde se hayan de tirar líneas que permanezcan inalterables para siempre» (1); las llagas incurables se han ungido con el óleo del samaritano; y los hijos del nuevo Javier han corrido a conquistar esos imperios de almas que la gentilidad guarda en sus lóbregas cavernas.

Por aquel sueño divino en que se sentía entre niños que blasfemaban, comprendió don Bosco que su empresa de transformación moral, en vano buscada por sabios lejos de los jardines regados por la Cruz, tenía sus raíces en la infancia nacida en los suburbios urbanos y mecida en el olvido de Dios, en el desamparo y en la corrupción, que como voraces gusanos se prenden al árbol de las sociedades degeneradas, chupan la poca savia que los alimenta y precipitan su caída. Por eso su primer paso, y el que doquiera dan sus discípulos fue el de recoger a esos niños proletarios, ofrecerles un asilo, lustrar sus almas con la antorcha de la fe, llenarlas de los inefables consuelos de la religión y ungirlas de la virtud, de esa virtud que «para los hombres y para las naciones es la urna de la esperanza, la flor del loto que flota en el diluvio y el germen del porvenir» (2). Y ¡oh maravilla de la

(1) Balmes.—*El Criterio*.

(2) M. F. Suárez.—*El Progreso*.

gracial en ese asilo, con aquella virtud y esa fe, las almas nacidas a vagar en los yermos del error, destinadas a los antros del crimen y a las tristezas del presidio, se truecan en ciudadanos útiles a la patria, en amantes hijos del trabajo y en esa legión de bienaventurados que con Domingo Sabio y Miguel Magone a la cabeza, vuelan a las dichas de ultratumba a brillar como soles en el cielo de la santidad.

Aquel hombre extraordinario, predestinado a ser el conductor de los obreros, sigue escudriñando el futuro y siente la fiebre de desarrollo industrial que domina al mundo; ante él se abre la arena que en lucha inmisericorde se disputan el capital y el trabajo; experimenta el dolor de la miseria ante la opulencia y la ostentación del rico; oye los rugidos de aquel monstruo que con la tea incendiaria de una quimérica igualdad, y desconociendo la autoridad, guía de la sociedad; la religión, freno de sus costumbres; la propiedad, sustento necesario a la existencia del individuo y la familia, único y sólido cimiento de la sociedad civil, amenaza derruir el edificio social; en una palabra, lee las incógnitas que agitan la mente de los economistas y sociólogos y provee a su despojo abriendo talleres donde el trabajo se impone como ley la más santa e ineludible. Allí Dios se adueña de los corazones y la plegaria preside las faenas diarias; la disciplina en que se vive infiltra el respeto a la autoridad; el tesón en conseguir el ideal del arte convence de la desigualdad innata de pueblos y de hombres; el operario deja de ser el autómatas de antaño porque ese dón precioso del entendimiento se torna en el fanal que guía sus acciones; las necesidades del futuro encuentran su sustento en el ahorro preconizado por las instituciones salesianas. En suma, los talleres de don Bosco vuelven sus

miradas a Belén y al Calvario donde el Dios hombre dignificó la pobreza, la humildad y los sufrimientos; al obrador de Nazareth «donde Jesús santificó la fatiga y los sudores arrancados por el trabajo y donde dio a la vida más oscura el secreto de llegar a una gloria y a una felicidad inmortal» (1).

Quien sufrió las amarguras del que ve encerrados sus ideales en el círculo de hierro de la pobreza; El que por experiencia sabía que «mayor es el número de los que ascienden de la oscuridad y la pobreza que el de los que conservan incólume la gloria de sus antepasados» (2) y que la instrucción del pueblo, buscada por él con tantos desvelos, ha menester de la enseñanza secundaria y científica como de la fuente que la nutre y vivifica, tenía que abrir santuarios donde las ciencias y las artes liberales recibieran el impulso de aquel método maravilloso que al par que esmalta las facultades y las adiestra a transitar por caminos llanos lo mismo que por senderos escabrosos, despierta la grandeza, la elevación de alma con la cual el hombre llega a ser lo que quiere y como el «héroe predestinado busca reinos a través de las tempestades» (3). Estos son los colegios salesianos; en ellos la educación busca la perfección integral del sér que encierra en sí las miserias de lo caduco, las aspiraciones de lo imperecedero y que siente agitarse en su alma aquella lucha intensa entre la verdad y el error, entre la bondad y el mal, y la que hizo exclamar al poeta el *video meliora deteriora sequor*. Entrad en ellos: la alegría, la expansión, el movimiento os dirán de la ley del desarrollo físico; los frutos del estudio os repeti-

(1) Condé.—REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO.

(2) Monseñor Carrasquilla.

(3) M. F. Suárez.—*El Progreso*.

rán con el patriarca de las letras americanas: que «las ciencias y las letras llevan en sí las recompensas de los trabajos y vigiliias que se les consagran; aumentan los placeres y goces del individuo que las cultiva y ama, y le presentan la creación ataviada de todas sus magnificencias y de todas sus galas: desarmen de sus terrores a las vicisitudes de la fortuna; son el mejor consuelo en la desgracia; y después de la resignación cristiana, el mejor preparativo para la hora de la muerte» (1); y cuando en la quietud de las mañanas o en el silencio de las noches, coros de voces infantiles y acordes graves y dulces hagan estremecer vuestra alma, convendréis que allí también el sentimiento, ese móvil que tanto impera en las acciones humanas, se halla dominado al influjo de ese arte mágico que subyuga los corazones y les trae ráfagas de cielo.

Los clamores de las tribus en la selva, las desdichas de la ignorancia que vive sin patria, sin ley y sin Dios, la esclavitud en su abyeccion, desfilaron en aquella mirifica visión y en día cuyo cincuentenario recordamos también hoy, nuestro ángel de caridad desde las playas de la bella Italia, bendice una débil barca que se aleja llevando a dos de sus hijos que sin más armas que la gracia, el breviario y la cruz, parten para los bosques y las pampas americanas a echar los fundamentos de una conquista que como el grano de mostaza ha fecundado en todo el hemisferio y devuelto al seno de la dignidad humana un sinnúmero de almas que hoy gozan de los beneficios de la civilización y que han visto erguirse templos que los purifican y que les hablan de los destinos eternos. Y

(1) Belto.—*Discurso.*

como el alivio de los dolores físicos no podía faltar en su obra, la más completa que registra la historia, mirad a esas vírgenes que han hecho pacto con la castidad, la humildad y la pobreza velando en los hospitales a la cabecera de los agonizantes, y prodigando en los orfanatos las ternuras de una madre a esos infelices que al nacer sintieron el repudio de la vergüenza o el abandono obligado de la miseria. Preguntad en «aquellas ciudades donde impera el rey de los espantos y cuyas entradas guarda el terror con flamígera espada, quiénes van a ellas, como reclusos voluntarios, a llevar un rayo de luz a la más negra de las desesperanzas» y el heroísmo de un Unia sacrificándose por esos proscritos obligará vuestra veneración, y el celo de un Ravagliati os recordará a Pedro el hermitaño predicando la cruzada no contra el musulmán sino contra el poder invasor de la más cruel de las desgracias que afligen nuestro suelo.

En rememoración tan solemne para la comunidad salesiana y tan grata para sus admiradores, no podía faltar la voz del reconocimiento de quienes aquí vieron correr alegres horas y se nutrieron de sabias enseñanzas, ella no lleva la unción de la autoridad ni el poder de la elocuencia, pero brota de lo más hondo del corazón.

Al mostraros en rápida carrera la prodigiosa realización de aquel sueño profético, fluyen a mis labios las consoladoras palabras del Profeta: «Porque se compadeció tu alma y se conmovieron tus entrañas a vista del que tenía sed, tus tinieblas se han convertido en luz y tu noche esclarece como el sol.» Sí, pastorcillo soñador, tu noche de mortal se ha inundado de los resplandores de tu santidad, de la de tus hijos

Rua, Beltrami, Savio, la de cuantos guarda el retiro de las celdas y el misterio de los tiempos; los soles de la gracia llenan tus oratorios y talleres donde te saludan y bendicen millares de pechos infantiles, y «los golpes de los martillos en los yunques, los de las prensas en su rotación, los del vapor en los motores y los de las herramientas todas de que se sirve el progreso»; en los santuarios de las ciencias y las letras, la virtud, su hermana, ha llenado con sus puras claridades las lucubraciones de aquéllas y servídoles de investidura para entrar en el *Sancta Sanctorum* de la sabiduría; la luz indeficiente de la fe ha iluminado el fondo de los bosques; y en los hospitales y leproso-rios «la esperanza ilumina las tinieblas del sepulcro y nos dice a todos que al morir somos como el ave que después de tormentoso día llega, entre la sombra del crepúsculo y posándose en la rama del árbol protector, se duerme confiada en los fulgores de una nueva aurora» (1).

Bogotá, septiembre 13 de 1924.

ARTURO POSADA
colegial.

(1) M. F. Suárez.—*El Positivismo*.

